XXX.

Mi secretario resultó ser un patriota recién llegado de Filipinas, adonde había ido á parar, á la fuerza, por sus demasiado notorios servicios á la revolución del año 48. No tendría más de treinta de edad, y ya empezaba á encanecer. Era desvaido de cuerpo y de color, algo pitarroso y belfo; y aquí estaba su especialidad, quiero decir, entre los gruesos y mal cerrados labios; y consistía en lo enorme de sus dientes, aunque no muy blancos, sanos, prietos y cabales; y avenidos los de arriba con los de abajo de tal manera, que se los creía capaces de cortar puñales buidos, de una sola dentellada. Iban siempre al descubierto y apenas los sombreaba un bigotejo lacio y desmedrado. Sin caer en la alucinación morbosa de aquel personaje fantástico que veía una idea en cada diente de su adorada, contemplando los de mi secretario había que pensar fatalmente en una panadería, y ver en cada uno de ellos una hogaza triturada. No se concebía el cansancio de aquella máquina, ni la hartura de la sima en que caían sus moliendas.

Por lo demás, era mozo listo, complaciente y, al parecer, muy entendido en los negocios de mi cargo. Fingida ó no, manifestaba mucha admiración á los títulos que me habían hecho hombre insigne entre los más conspícuos patriotas al uso.

Había invertido el tiempo hasta mi llegada en examinar el campo de mi nuevo señorío, el estado de los ánimos y el carácter de las dificultades políticas que había que vencer allí, y en estudiar el modo de dominarlas sin producir otras nuevas.

En ambos empeños había salido airoso, á juzgar por el cuadro que me trazó y el plan que me propuso.

—Bien está—le dije,—por lo que hace á la cosa política de mi negocio; pero ¿y la otra?

—¿Cuál?—me preguntó.

—La más esencial quizá: la administrativa.

—Esa—me dijo al punto,—corre de mi cuenta mientras V. se va acostumbrando al oficio poco á poco. He pasado lo mejor de la vida entre expedientes gubernativos, y respondo de que en ese particular hemos de hacer grandes cosas.

Al mismo tiempo colmaba de atenciones á mi mujer; intimaba con mi suegra y con Manolo; servíales á punto y bien en los menesteres más extraños á su destino, y todos se complacían en mi casa en mimarle, considerándole como un valiosísimo estuche de *cosas* y de habilidades.

Y, sin embargo, á mí no me entraba. Aun sin la advertencia del ministro, hubiérame bastado verle para desconfiar de él.

Las dificultades de mayor embarazo para mí, recién llegado á aquel gobierno, nacían, precisamente, de las condiciones más salientes de mi propia personalidad.

Para los díscolos de la oposición avanzada, gentes que nunca se ven hartas de motín, quizá porque siempre llegan tarde al regodeo que sigue al triunfo, y toman á pecado de prevaricación hasta el sacudirse el polvo de la batalla y ponerse camisa limpia, era yo un enemigo, á pesar de mis hazañas populacheras, por el solo hecho de representar allí la fuerza de la autoridad, cobrar un sueldo del Estado y vivir como los *opulentos reaccionarios*..... Pues ¡cómo me mirarían sus ojos, teniendo sobre mi conciencia, además de estos pecados de necesidad, el crimen particularísimo de estar casado con la hija del «latro-magnate» más aborrecido, del polaco más odioso de todos los polacos fugitivos!.... Hasta para el otro bando, para el del orden dentro de la situación imperante, era motivo de desconfianza el contrapeso de mi mujer. Además me tachaba de joven y de inexperto, porque temía que con estas dos condiciones me faltaran el tino y el carácter necesarios para meter en cintura á los díscolos que habían hecho imposible el gobierno de mi predecesor. Tampoco el elemento mercantil, que todo lo fía al sosiego y á la tranquilidad, me miraba de buen ojo, por los mismos defectos de juventud é inexperiencia; y en cuanto á las aristocracias de los pergaminos y

del dinero, ¿cómo habían de simpatizar con un matón de barricada, convertido en personaje político de la noche á la mañana? En cambio, estas dos importantes porciones de aquella sociedad heterogénea, eran muy partidarias de mi mujer, por lo mismo que ésta llevaba, como su madre, pintado en la cara el asco que le producían gentes y cosas del nuevo orden; lo cual era entre los liberales crudos otro pecado notorio que pesaba sobre mí.

Pues todas estas y aquellas dificultades que representan un estorbo y una traba á cada paso mío en la senda de mi flamante cargo, fueron dominadas con asombrosa facilidad, merced á los atinados consejos de mi secretario y á la entereza inquebrantable con que yo los puse en ejecución tan pronto como comprendí lo mucho que valían. Hasta me atreví á meter la hoz en la Milicia, que era un elemento perturbador por obra de los exaltados que la mangoneaban; y en cuanto éstos se penetraron de que era yo muy capaz de cumplir la amenaza que les hice de domarlos á la fuerza, si por la razón no se daban á partido, trocáronse en mansos y dóciles corderos. Con este rasgo de energía, que era de mi exclusiva propiedad, me capté el beneplácito de todos mis gobernados, para quienes era un constante motivo de alarma y de sobresaltos la actitud de aquella facciosa minoría. ¡Gran resultado me dió en aquellos conflictos mi elocuencia de relumbrón!

Encauzóse, pues, la gobernación de mi ínsula,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

en lo tocante á política y orden público, y llegó el caso de pensar en *hacer administración*, como se dice en la jerga del oficio; lo cual acontecía á poco más de medio verano. Entonces abdiqué por completo en mi secretario, tanto por consejo suyo como por imperio de la necesidad, que también me lo exigía, para descansar un poco de las recientes batallas, volviendo á ser hombre de familia.

Dábame la provincia casa y coche, por razón de mi alto empleo. La casa era grande, casi un palacio, y palacio le llamaban; y el ajuar se me antojaba de perlas. Hubiera yo, de buen acomodar, por naturaleza un tanto espartana, vivido allí como un patriarca. Pero á Pilita le parecía todo muy otra cosa; y como la apoyaba Manolo, y Clara no la contradecía y el secretario también le daba la razón, tuve que convenir con ella en que tal cual estaba la casa, no podía habitarla la familia de un gobernador que se estimara en algo. Había muros desconchados, otros con lamparones, muebles perniquebrados, tapicerías resobadas, alfombras en esqueleto, colchones medio podridos, sábanas de telaraña, por lo molidas y tenues, vidrieras mal avenidas..... y ¡horror de indecencias! como decía mi suegra pasando minuciosa revista á todos y á cada uno de los aposentos del gubernamental palacio, tan pronto como nos alojaron en él. Con el coche acontecía lo propio: era viejo y destartalado; tan viejo y destartalado como el tronco que le arrastraba y

el cochero que le conducía. Felizmente la Diputación provincial era *de casa;* y previas unas enérgicas excitaciones de mi secretario, votóse inmediatamente un crédito supletorio para todos aquellos menesteres; y en pocos días quedó el palacio vestidito de nuevo, y el coche reemplazado por otro más lucido. Pero aún echaba de menos mi familia una multitud de cosas *indispensables;* y como el crédito estaba consumido hasta su último maravedí, tuve yo que pagarlas de mi peculio, con el doble dolor del quebranto que ocasionaba á mi extenuado bolsillo, y de saber que las había iguales y holgando en nuestra casa de Madrid.

La prensa reaccionaria habló bastante mal de este despilfarro de la Diputación en obsequio á un funcionario del Estado, precisamente á raíz de una revolución hecha contra los malversadores de los caudales públicos. Lo mismo dijeron los periódicos avanzados, y no me defendieron gran cosa los ministeriales, pues de todos había en la localidad. Nada de ello me sorprendió, porque lo esperaba.

Por entonces comenzaba yo la campaña de conciliación, tan felizmente terminada poco después; mi familia se preparaba, con la meditación y el reposo necesarios, para lucir en hora conveniente los relumbrones del oficio con la apetecida solemnidad, y no se daba á luz sino las menos veces posibles, y *de incógnito*, como los príncipes viajando.

De puertas adentro, mi mujer y su madre eran

tremendas con las personas del elemento oficial que por cortesía las visitaban. Teníanlas por gentezuelas de poco más ó menos, y las aburrían en el vestíbulo antes de dispensarles el honor de admitirlas á su presencia, para confundirlas con dos sonrisas contrahechas y media docena escasa de palabras sin sustancia. Con estas altiveces me llevaba á mí el demonio, porque eran otras tantas causas de resentimientos que me ayudaban muy poco á triunfar en la empresa en que me hallaba empeñado; trataba de hacerlo comprender; pero no había enmienda en el pecado: antes reincidían en él, con la mayor frescura, las vanidosas mujeres, porque tenían el vicio en la masa de la sangre. Las deferencias, las atenciones y la afectada cortesanía, se reservaban para los particulares que las visitaban oficiosamente ó por recomendación de nuestros amigos de Madrid; y aun en estos casos intentaba Pilita guardar las distancias que ella suponía existentes entre una dama de su procedencia y una señora ó personaje cualquiera *de provincias*, por encopetados que fueran. Nada digo de mi mujer, porque, violenta ó complacida, en casos tales siempre era la misma Clara, de actitud marmórea y de mirar terrible.

Llegó la hora de salir al escenario, que era la de *cumplir* con las gentes que nos habían visitado; y de esta delicada empresa se trató tan pronto como yo triunfé en la ya mencionada mía, y me entregué á un relativo descanso. Mi suegra sostenía que con las *señoras* (y subrayaba mucho

la palabra con la voz y con el gesto) de la *nómina progresista*, harto cumplidos estábamos siempre, pues éramos sus superiores jerárquicos, y sus visitas, por ser de obligación, no tenían vuelta.

—Nosotros—concluyó—somos..... nosotros; y ellos..... son ellos.

—Justamente—repliqué;—y por eso mismo no soy del parecer de V. Cuanto más alta es la jerarquía de una persona, más la obligan las leyes de la buena educación..... Aparte de que esas señoras no están en el deber, como V. cree, de visitarlas á Vds.

—Pues entonces han hecho muy mal en venir á vernos; y no deben esperar nuestra visita en pago, si no son unas descomedidas ambiciosas.

—Después de todo, señora—dije aquí á mi suegra, harto ya de sus insensateces,—no es V. quien debe resolver este punto.

—¡Hola!—me replicó muy retorcida—¿ya me echas de casa?

—Esas visitas—continué, fingiendo no reparar en la nueva sandez de mi suegra—no han sido á V., sino á la gobernadora; y sobre ésta y no sobre V. han de caer las censuras que merezcan las groserías que cometamos. Con Clara, pues, y conmigo, va exclusivamente ese particular, y espero que mi mujer ha de pensar de muy distinta manera que su madre.

Dí cierto aire de mandato á estas palabras, por lo mismo que se hallaba presente Clara. La cual, después de mirarme con una dureza tan fría que

picaba en sañuda, díjome con voz un tanto enronquecida:

—Se hará todo lo que tú *dispongas;* pero creo que debemos comenzar por los notables de la población, que nos han visitado sin tener obligación alguna de hacerlo.

—Convenido — respondí, convenciéndome de que en todo lo que fuera cuestión de absurdas vanidades, se ponían al mismo nivel la simplicidad de la madre y el talento de la hija.

¡Y al otro día fué ella! ¡Cuando se lanzaron á la calle con todos los requilorios encima, y en pleno y soberano dominio de su papel! A pié salieron, porque les convenía salir así para sus intentos de lucirse mejor. No les cabía en la acera; y yo, que las acompañaba, iba por el arroyo. Crugía la seda de sus vestidos ostentosos, y varas de ella arrastraban por detrás alzando nubes de polvo. El andar de Clara no se parecía á ningún andar de mujer europea; era algo al modo de reina egipcia; como hubiera andado Cleopatra siendo gobernadora en una provincia de España, sin dejar de ser la ostentosa y soberbia hermosura que cautivó á Marco Antonio. Los transeuntes nos cedían el paso desde lejos, y luégo se paraban á contemplarla con cierto asombro mezclado de codicia; y yo, que lo observaba, complacíame en ello, porque, al cabo, Clara era mi mujer, y, por ende, cosa mía; y los hombres somos así. ¡Era de ver con qué imperiosa y gallarda frialdad respondía á los saludos que nos hacían las

gentes, por ser yo quien era! Pilita hacía á maravilla su papel de reina-madre. Dos polizontes nos precedían á cierta distancia, y otros dos nos seguían. Uno de ellos se adelantaba; y cuando llegábamos al portal de la casa adonde nos dirigíamos, ya sabía si habían salido ó no las personas que íbamos á visitar. En el primer caso, subía nuestras tarjetas; en el segundo, subíamos nosotros.

Al día siguiente lo mismo; pero con diferentes ornamentos. Las menos veces fueron en coche. Este le reservaban para ir á paseo. Llevábanle abierto; y entonces se las veía tendidas contra el respaldo y como flotantes sobre las encrespadas faldas de sus vestidos fantásticos, que llenaban todo el hueco de la carretela, dejando apenas el indispensable, hacia el vidrio, para destacar sobre la nube, y pegado á la *tolosa*, el busto lacio é indigesto de Manolo. ¡Reventaban de vanidad!

—Pero ¿en qué la fundan?—pensaba yo.—No será en mis merecimientos personales, cuando tan pocas consideraciones me guardan de puertas adentro; ni en los blasones que no tienen, ni en el caudal que les falta, ni en el nombre que llevan, infamado por el rumor público. ¿En que ésta es una capital de provincia, y ellas son damas de la *buena sociedad* madrileña, y *la familia del gobernador?*

Pues nada más que en eso. Pilita ya me había anunciado esos deleites de la vanidad al ponderarme en Madrid las ventajas que llevaba este

destino al que yo desempeñaba en el ministerio de la Gobernación; y Clara era soberbia y altiva por educación y por naturaleza; pero nunca pensé que llegara á tal extremo el vicio capital de mi nueva familia.

Con la entrada del otoño comenzaron los espectáculos nocturnos; y con este motivo, para lucirse en primera fila, allá van vestidos y perifollos y tocados; y como las damas de la ciudad iban tomando á Clara por modelo en el vestir y en el andar, ella se complacía en lucir en cada exhibición una cosa nueva, y su madre otra mejor; y hasta el imbécil de mi cuñado se emperejilaba á su manera, esperando formar escuela de mozos distinguidos. La condesa del Rábano recibía los miércoles, y los señores de Cerneduras los viernes; y como aquellas reuniones eran verdaderos certámenes de lujo, y Clara concurría á ellas y era la más mirada y atendida por ser en el pueblo la mujer *de moda*, ¿cómo no había de dar en cada caso la necesaria novedad á su elegante atavío? Y en cuanto á Pilita, que la acompañaba siempre, ¿cómo había de presentarse en más vulgar arreo que su hija?

Y aconteció muy pronto lo que yo venía temiendo por ciertos síntomas que notaba en mi casa; y fué que, para corresponder á los elegantes miércoles de la condesa del Rábano y á los espléndidos viernes de los ricos señores de Cerneduras, hubo necesidad de establecer los *lunes del Gobernador*. Y heme aquí, porque los salones eran

de poco más ó menos, y ciertas paredes estaban desnudas, y tal aposento sin alfombrar, y el comedor en *ropas menores*, contemplando estremecido cómo invadían el palacio los tapiceros, y sin cuenta ni razón le llenaban otra vez de muebles, telas y garambainas que maldita la falta me hacían. ¡Y si hubiera sido este solo el disgusto que me costaron aquellas memorables fiestas! Pero no se habían inaugurado todavía, cuando ya me procuraron otro terrible; y fué con ocasión de tratarse, en familia, de las invitaciones que debían hacerse para el primer lunes. Clara, porque entonces era ella, desgraciadamente, y no su madre, quien llevaba la palabra; Clara, repito, pretendía que no se invitase á ciertas personas que yo había puesto en lista, porque no las conceptuaba de bastante *tono* para *alternar* en su casa con el encopetado señorío de su predilección. Volvió á relucir lo de la *nónima progresista*, en son de mofa, y tuve que recordar á mi mujer que de esa nónima salían los lunes de su marido.

—¡Pues no vendrán!—me dijo altanera.

—¡Pues no habrá lunes!—repliqué en el mismo tono.

¡Qué cara me puso! y de qué manera me dijo, un momento después de haberme oido:

—Que vengan enhorabuena;—pero yo te prometo tratarlas de modo que no vuelvan á poner aquí los piés.

—¡Muy bien dicho! exclamó Pilita, nerviosa de entusiasmo.

—Y yo te prometo á mi vez—respondí á Clara sin hacer caso de la impertinencia de su madre,—reparar una por una todas tus descortesías; y si esto no alcanzara á mi propósito, cerrar á las gentes de tu devoción las puertas por donde salgan las de la mía. ¡No lo olvides!

Para dar una idea de la actitud y el aspecto de mi mujer después de oirme hablar así, es necesario pensar en una leona domesticada, que, por obra de un grito lejano ó de un tufillo pasajero, se acuerda de pronto de la libertad de sus congéneres en la inmensidad del desierto africano. No me replicó una palabra; pero el centelleo de sus ojos y la palidez de su semblante, mientras crugía el abanico entre sus manos crispadas, decían demasiado. Jamás la había visto así. Verdad que nunca me había puesto hasta entonces en ocasión de despertar su adormecida braveza. Me daba miedo: no por aquel instante, sino por todos los de mi vida.

Horas después recibí carta de mi suegro. Gemía, como siempre, por sus propios quebrantos; por «la pobre España» en poder de los hombres ineptos que le habían expatriado á él; por las tristezas que consumían á su adorada Pilita, á su *dulce* Clara y á su *angelical* Manolo; y me rogaba que los arrancase de su oscura soledad, y me desviviera por divertirlos. ¡Qué oportunidad de hombre!.... ¡Y qué perspectiva para empezar á vivir!

Por borrarla un poco de mi imaginación, dediqué lo mejor del día á escribir á Carmen. Creo

que se me fué algo la pluma y que la empapé demasiado en las nuevas amarguras de mi alma; nuevas, porque no era aquella la primera vez que sentía en el corazón el frío mortal de los desencantos, y en mi imaginación el triste vacío de las ilusiones desvanecidas. Las respuestas de la pobre huérfana eran como suyas: cariñosas, pero sencillas y breves; ni una frase, ni una palabra que recordase nuestra franca y cordial amistad de otros tiempos. Y yo admiraba esta prudencia, y á la vez me lamentaba de ella; comprendía la razón de los miramientos de Carmen, y sentía que no fuera más confiada y expresiva conmigo. Y no era esto un contrasentido pueril, ni resabio de una imaginación dengosa y versátil, sino que yo vivía en perpetua equivocación, y el alma quería regirse por sus propias leyes, que no eran las que le imponía la fuerza brutal de los hechos consumados.

En esto veía acercarse, con el andar de un nublado tormentoso, el primer lunes de *los míos*..... Y llegó, porque todo lo malo llega siempre que se anuncia, y aún peor de lo que se teme; y se inauguraron mis fiestas con el estruendo y el despilfarro que yo no me atreví á soñar, ni aun viendo los preparativos hechos bajo la dirección de mi mujer, aconsejada por su madre, que es todo cuanto podía verse. ¡Hasta la Guardia civil, no bastando la urbana, amén de nuestros propios criados, se empleó en aquellos menesteres de telón afuera! ¡Qué tal andaría lo de telón adentro!

Deslumbraba el aparato y asustaba el lujo que se arrastraba por allí; pues las gentes aquellas eran ricas y habían hecho de mis salones palenque en que lucir el poder de sus caudales. Engreíase mi mujer viéndose centro esplendoroso de astros tan resplandecientes, y correspondía á los honores que de esta manera se tributaba á su *buen tono*, excediendo en lujo á la más encopetada y vistosa; y disponiendo cada ambigú, que dejaba aturdidos á los mismos comensales que los devoraban. ¡Qué carnes se me pondrían á mí con todo ello! ¿Y cómo evitarlo ya, una vez hecho costumbre? ¿Y cómo sostenerlo sin poseer una mina de onzas acuñadas?

Pues así fuí tirando, hasta que lo arregló de otro modo algo que es más fuerte que todos los respetos humanos.

Es, pues, el caso, que no solamente descansé, sino que llegué á dormirme en la ciega confianza que me inspiraba mi secretario; confianza nacida más que de un profundo convencimiento de la capacidad de mi subalterno, de mi escasa afición al expedienteo; del gusto con que me agarraba á cualquier disculpa para alejarme de él, y de la necesidad en que me veía de fijarme con preferente atención en el negocio político, que no estaba para descuidado un punto. Antojábaseme, andando los días, que en lugar de afirmarse la paz, el orden y la confianza en torno mío, retoñaban las asperezas y los desacuerdos y perdía su virtud mi celo conciliador, como si mi prestigio comenzara á andar de capa caida. Hombres que al principio me escuchaban como á un oráculo y hacían de mis palabras evangelios que predicaban luego á los demás, se me acercaban recelosos y descontentos; y me daba más que pensar lo mucho que parecían callarse, que lo poco y turbio que me decían. Sospechaba yo que en el partido que allí me apoyaba cundía la desconfianza; y con esta sospecha, desvivíame por mostrar á mis amigos los firmes y leales propósitos que seguían animándome, y suplicábales que me expusieran los motivos de sus embozadas quejas, para acudir á remediarlos, como antes lo había hecho; pero la misma vaguedad de las respuestas me sumía en nuevas inquietudes.

Mi secretario, con quien las consultaba á menudo, encogíase de hombros, ó me aseguraba que todo iba á maravilla, y que si había quejas lo serían de vicio.

Y todo esto acontecía precisamente cuando mi familia andaba en el colmo de sus dispendiosas exhibiciones; lo cual llegó á traerme á vueltas con las más extrañas y tumultuosas ideas; ideas que no me daban punto de reposo y me robaban el sueño, y hacían incompatible mi discurso con todo el negocio extraño al círculo de mi vida doméstica. Sólo dominado por una preocupación semejante, podía estar yo tan ciego y torpe que no viera lo que tenía delante de los ojos y palpaba con mis propias manos.

Ni mi mujer ni su madre me decían jamás lo

que costaban sus lujosos atavíos ni sus espléndidos festines, ni me pedían un céntimo para pagarlos. Cierto que ellas continuaban siendo las administradoras de todo mi dinero, del único que tenía, del que cobraba mensualmente del Estado; pero ¿cómo daba aquel dinero para tanto? ¿Con qué se suplía lo que faltaba? ¿Contraían deudas en mi nombre? ¿Lloverían sobre mí, á la hora menos pensada, créditos que no podría recoger? Y por temor á esto y á sus horribles consecuencias, hablé á Clara un día.

—¿Cómo os las componéis—la pregunté,—para hacer esos gastos con tan poco dinero?

—No te apures—me respondió secamente,—que aún le tenemos de sobra.

—¡Imposible—repliqué,—si pagáis todo cuanto consume vuestra vida ostentosa!

—No se debe un cuarto á nadie,—afirmó volviéndome en seguida la espalda.

Quedé más aturdido de lo que estaba, porque me persuadí de que mi mujer no me decía la verdad. Por espontánea confesión suya, había sabido yo, poco después de nuestra salida de Madrid, que todos los ahorros de su padre apenas alcanzaban para vivir él modestamente fuera de su patria, y para que en un apuro «muy extremo,» no se murieran de hambre en una buhardilla su mujer y su hijo. Luego no era el dinero de Valenzuela el que suplía las faltas del mío para cubrir los gastos de mi casa; y como éstos excedían en más de otro tanto al que cobraba yo con

una mano y entregaba con la otra á mi mujer, evidente era que vivíamos de prestado, y que ésta me lo ocultaba. Entonces pensé muy seriamente en arreglar las cosas de otro modo; me armaría de carácter, porque era preciso que me armara; y haría, y acontecería.....

Y nada hice al fin, porque es condición de nuestra flaca naturaleza dejarse caer en los peligros reales por huir de los imaginarios. Clara no me había perdonado aún el *atrevimiento* de contrariarla en el asunto de las invitaciones, y su madre no tenía atadero, y era capaz de todo lo que no se ajustara á las leyes del sentido común; resolverme á meter á las dos en cintura con un rasgo de autoridad, era producir un estruendo que de seguro trascendería fuera de mi casa..... ¡y yo era el gobernador de la provincia, relacionado á la sazón con lo más granadito de la ciudad!.... ¡y qué se diría!.... ¡y mi prestigio!.... ¡Y si tras el escándalo venían los acreedores alarmados!.... ¡Qué horror! Y me aguanté *por entonces*.

A todo esto, el descontento público crecía y se revelaba muy acentuado en la prensa local, que yo cuidaba de leer con suma atención desde que me la habían llamado grandemente ciertas insinuaciones suyas. Ya no se andaban los periódicos, lo mismo los situacioneros que los otros, con paños calientes. Declaraban que jamás, ni aun durante las más inmorales administraciones, había habido en aquella capital un desgobierno más completo, una falta más absoluta de policía y de

pública moralidad. Uno de ellos dijo textualmente, por remate de un artículo, verdadero memorial de agravios administrativos enderezado á mi «patriotismo sellado con sangre de los tiranos:—Cualquiera pensaría, al ver lo que aquí sucede, que las riendas de este gobierno están *en manos polacas.*» Comprendí la alusión, y la sentí como un balazo en mitad del pecho. Llamé inmediatamente al secretario.

—¿Qué hay de cierto en todo cuanto aquí se dice?—le pregunté, mostrándole el periódico que tenía yo en la mano.

Tomóle él en las suyas con la mayor serenidad, y después de pasar la vista por el artículo, me le devolvió diciéndome:

—Absolutamente nada. Ganas de hacer ruido.

—¿Está V. seguro de lo que me afirma?

—Si no lo estuviera no lo afirmara.

—Corriente,—díjele después de meditar un momento.

En cuanto me quedé solo mandé llamar al director del periódico. No tardó en venir. Me encerré con él y le supliqué que, como en el secreto de la confesión, me declarara los fundamentos de lo que se decía, y, sobre todo, de lo que se callaba en su periódico. Me espantó lo que supe entonces; y eso que el periodista me ocultó lo principal, por respeto á mi propia persona. Díle las gracias, prometiéndole que no le pesaría de haberme arrancado la venda de los ojos; y en cuanto se apartó de mí, llamé al jefe de la policía

—Sé—le dije, mirándole indignado,—que tiene V. puestos á contribución á todos los criminales y á todos los viciosos de la ciudad.

Se quedó yerto, lívido como un cadáver. Tartamudeó algunas palabras, que no entendí, y añadíle estas otras:

—Elija V. entre ir á presidio ó declararme toda la verdad.

—Es cierto—me respondió entonces, animándose súbitamente;—pero entienda V. S. que, al obrar así, no hago más que cumplir las órdenes que se me han dado.

—¿Y quién se las ha dado á V.?

—El señor secretario.

—El de este gobierno?

—El mismo.

—¿Y adónde van á parar los fondos recaudados de esa manera por V.?

—Al señor secretario.

—¿Integros?

—Integros, menos la pequeñez con que remunera el trabajo de la recaudación.

—Y esa recaudación, ¿es de importancia?

—Bastante..... Quizá más que el sueldo de V. S. ¡Como lo malo abunda, y todo lo malo paga!....

Me dió asco lo que me decía aquel hombre; impúsele silencio, y le mandé que saliera.

Volví á llamar al secretario. Entró, cerré la puerta y le dije en crudo cuanto acababa yo de saber por el jefe de la policía. Me oyó impávido

y no negó los hechos. Me espanté; pero logré dominarme, porque era de necesidad, y añadí:

—Hay todavía otro punto delicado, que debe ser de la exclusiva incumbencia de V. Se dice que no todos los expedientes que se tramitan en estas oficinas de mi cargo, se resuelven conforme á justicia, sino que se subastan los acuerdos.....

—Pudiera escudarme—me respondió el tuno,—con la firma de V. que autoriza esas resoluciones; pero como de ese modo correspondería muy mal á la ciega confianza con que V. me entregó ese importantísimo negociado, desde luego echo sobre mí toda la responsabilidad *moral* de esos delitos, que tampoco niego.

Y como leyera en mi actitud el efecto que estas palabras me causaron, añadió muy tranquilo:

—Lo que á mí me asombra, es que V. se asombre de todo esto.

Mi primer impulso fué buscar con los ojos una silla para partirle la cabeza.

—Pues ¿por quién me toma V.?—exclamé indignado, sin renunciar por entero á aquel propósito.

—Y después de todo—dijo con desdeñoso retintín,—yo poco más de nada me meto en el bolsillo.

—¿Adónde va á parar entonces el producto de esas infames exacciones?—pregunté más y más asombrado.

Aquí el hombre de los largos dientes se atrevió á enfilar la legaña de sus ojos con los airados míos; y metiéndose ambas manos en los correspondientes bolsillos del pantalón, me dijo, como si me dijera la cosa más natural del mundo:

—A su casa de V.

¡Que jamás en oidos de hombre honrado suenen palabras como aquellas!....

Las pocas que pude articular en medio de la angustia que me ahogaba, las empleé para preguntar al infame, pero bajo, muy bajo, como si me acusara ante Dios de un ignorado crimen y temiera que me estuviera oyendo el juez que podía enviarme al palo, ó el mundo, que me escupiera á la cara:

—Y..... ¿qué manos lo reciben de la de V.?

—Las de su señora mamá política,—me respondió con entera desfachatez.

—¿A ciencia y conciencia de *lo que es*?—pude preguntar todavía.

—*Naturalmente*,—contestó el cínico.

—Está bien—dije, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no caerme redondo allí, de indignación y de vergüenza.—Retírese V.

De dos saltos atravesé el largo pasadizo que separaba de mi habitación el despacho donde esto ocurría. Llamé aparte á mi suegra, que estaba emperegilándose para salir con Clara, y la expuse, sin preámbulos ni miramientos, el caso que tan fuera de quicio me tenía. Oyóme la embadurnada vieja mirándome de hito en hito con las más vivas señales de curiosidad, y exclamó al cabo, lo mismo que si descargara su ánimo de un gran peso:

—¡Ave María Purísima!.... Hijo, ¡qué susto me diste! ¡Si no creí, al verte tan erizado, que se quemaba la casa ó te habían dejado cesante!

¿No había para matarla?

—Pero ¿es ó no cierto—preguntéla en el paroxismo de la ira,—que mi secretario hace eso en perfecto acuerdo con V.?

—Puede que sí..... ó puede que no: como mejor te parezca—respondióme sin dejar de contonearse delante del espejo que había en la habitación.—Recuerdo que un día hablamos, de recién venidos aquí, sobre si el sueldo de gobernador era poco ó era mucho. Sostenía él lo primero, y yo le daba la razón; y hablando así díjome que había ciertos *arbitrios lícitos* de los cuales se podía echar mano muy honradamente; pero temía que tú te resistieras á ello, por escrúpulos de empleado novel..... y que si nosotras le autorizábamos con nuestra aquiescencia, ¡y qué sé yo qué otras boberías!.... Y á poco de esto, comenzó á traernos dinero..... pero bastante, no te creas, y á menudo..... Por cierto que gracias á ello, que si no!.... Ahora me dices que si ese dinero sale de aquí ó sale de allí..... No sabía yo tanto; pero, después de todo, *¿qué más da?*

—¿Y Clara?—pregunté, recordando que era ocioso tratar asuntos serios con aquella insufrible mujer,—¿sabe lo mismo que V. de la calidad de ese dinero?

—Como que ella lo administra. Con una mano

lo recibo, y con otra se lo doy..... Pero ¿á qué vienen esos aspavientos, hombre?

Llamé á Clara. Vino en seguida; y por verla perdí la mitad de mis bríos. Siempre me sucedía eso. ¡Tan hermosa estaba! Hubiera dado la mitad de mi vida porque no fuera cierto lo que su madre aseguraba, y toda ella por infundir en su pecho algo de la honrada sensibilidad que agitaba el mío.

Expúsele mi queja con los mayores miramientos, y no mostró el más leve síntoma de apurarse por ella.

Tan inconcebible frialdad deshizo el encanto que su belleza me causaba, y prorrumpí en amargas declamaciones. Negóme muy serena que hubiera motivo para ellas. Había para volverse loco.

—¿Pues cuáles son motivos serios para tí?—la dije sin poder contenerme.—¡Vuestros festines, vuestras galas, todo el aparato de vuestra loca vanidad sostenido á expensas de todas las almas infames de la población! ¿Todavía te parece poco?

—No me he cansado—me dijo con terrible dureza,—en apurar tanto el origen de ese dinero.

—Pero te has guardado muy bien—repliqué,—de decirme que le recibías; señal de que no lo juzgabas lícito.

—Ó de que temía tus ridículos pujos de caballero andante..... ¡Somos incompatibles en tantas cosas!

—Por fortuna para mí, en el modo de juzgar

esa de que tratamos; por desgracia para todos, en la principal. ¡Lástima que ya no tenga en mi mano el remedio de lo uno como tengo el de lo otro!

No quiero recordar hasta qué extremos nos condujeron, una vez puesto el diálogo á esta altura, la terrible y desengañada frialdad de mi mujer y el apasionamiento de mi impresionable carácter. Fué un estampido que acabó en un instante con varias cosas á la vez: *los lunes del Gobernador*, las ostentosas exhibiciones públicas de mi familia..... y la última esperanza de que entre Clara y yo pudiera haber ya otro vínculo de unión que el que, en un instante de vértigo mío, nos había amarrado para no soltarnos jamás, á no cortarle la guadaña de la muerte. Aquel tremendo altercado fué la piedra de toque en que apareció comprobada la falsa ley del corazón de Clara; el choque que derribó la bruñida losa y dejó á la vista los gusanos del sepulcro. No me asombró el descubrimiento, porque venían anunciándole grandes señales de él; pero la consideración de lo que del hecho iba á seguirse, me aterró.

Por de pronto, volvíme á mi despacho, y dí á elegir á mi secretario entre presentar su dimisión ó comparecer ante los tribunales de justicia.

—Por cierto que iría bien acompañado—me dijo con marcada intención y cínica sonrisa.

—¡No importa!—le respondí, comprendiéndole,—porque estoy resuelto á todo; á todo, menos á ser pantalla de ladrones.....

Optó por la dimisión, y me alegré de ello. Horas después quedaba también sin destino el polizonte.

Desde el día siguiente, limpias las oficinas de tunantes y la casa de escándalos de lujo, consagréme con todas mis fuerzas á enderezar el torcido rumbo de mi descuidada administración, y á hacer algunas economías. No tenía en mi casa con quien hablar, es cierto, y la comida me amargaba y mis sueños eran horribles pesadillas; pero la opinión pública coronaba con aplausos mis esfuerzos de voluntad, que producían milagros de acierto, y yo sentía, en medio de las penas que me abrumaban, la dulce satisfacción que trae consigo el cumplimiento de los deberes.

Entre tanto, el Gobierno de la nación andaba tan desatinado como lo había estado el mío, y la obra de la revolución de Julio comenzaba á tambalearse. Socavaban sus fundamentos todo linaje de torpezas, ambiciones y asechanzas; y eran ya infinitos los desencantados españoles que aplaudían al satírico *Padre Cobos*, ariete formidable con que la batía sin tregua ni descanso el partido de la reacción, que había de recoger su herencia.

La famosa sonrisa de O'Donnell iba acentuándose por momentos; tomábanla ya las gentes liberales como disfraz de sazonados planes *liberticidas*, y todo el mundo se preguntaba en qué pararía, y cuándo, su no menos famoso abrazo al general Espartero, en el balcón de la calle de la Vic-

toria, recién llegados á Madrid ambos personajes.

Las dudas se aclararon muy pronto: el abrazo aquel acabó en una zancadilla que derribó á Espartero de la noche á la mañana, y en un chaparrón de soldados bien advertidos que en pocas horas *reorganizaron* la Milicia ciudadana, disolviendo á tiros sus batallones, donde éstos se resistían á dejarse desarmar por la buena.

Volvióse el Duque de la Victoria á llorar un nuevo desencanto en su retiro de Logroño, haciéndole coro los incorregibles progresistas; y con todo ello y lo que se traslucía en la nueva situación creada dejé yo mi gobierno antes que me separaran de él, y tornéme á Madrid pobre, triste y con la carga de una familia insoportable, que pagaba en esquivo apartamiento y en odio mortal el dinero y la sangre que me consumía.

XXXI.

Para que todo fuera tenebroso en torno mío en aquella fatal ocasión, Valenzuela era uno de los pocos emigrados polacos que no debían pensar en volver á España por entonces, puesto que entraba en las miras políticas del nuevo Gobierno alardear de incompatible con hombres tan mal afamados como mi suegro.

No me cabía, pues, la esperanza de que acudiera á tomar la parte que le correspondía de la carga que yo aguantaba solo. Le escribí acerca de esto, muy claro y muy breve. Me respondió con gemidos y con tristes elegías, como siempre, á la amada patria, al corazón ulcerado, á las virtudes escarnecidas..... á todo; pero sin enviar un cuarto ni decirme de dónde había de sacar los muchos que consumían la fatua de su mujer y el estúpido de su hijo.

Yo entré en Madrid, de vuelta de mi desventurado gobierno, con un puñado de pesetas y un cúmulo de obligaciones ineludibles por todo el resto de mi vida; ¡y estaba en los comienzos de